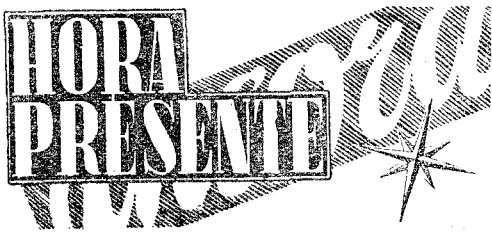


ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 11 FEBRERO 1960

NÚM. 617 AÑO XIII

HACIA LA PAZ POR EL CAMINO DEL MIEDO



Las grandes potencias mundiales, como los perros de presa en preámbulos de ofensivas, alardean de potentes dentaduras, de afilados colmillos. La razón del gesto es, en los perros y en las potencias, el mismo: que el enemigo se rinda antes de empezar la lucha, mantener una paz, gracias al miedo que las provocaciones desvelan en el corazón del más débil.

Bombas de uranio, de hidrógeno, de cobalto... Proyectiles dirigidos, con destinatario y remite, escritos según el más fino cálculo. Armas secretas... ¿Quién se atreve a lanzarse al ataque?

De momento, la fórmula parece buena. La paz, asegurada, No obstante algo nos avisa, nos dice, que no puede ser éste el verdadero camino hacia la paz. El miedo es una forma más o menos elegante, más o menos condenable de ejercer la coerción de imponer un dominio. Y aún, solamente frente a un enemigo muy débil, puede surtir efecto. Es una forma de eliminar adversarios, muy bien sabida por el búfalo bravucón que aspira a la jefatura de su manada. Pero, a la postre, y tras la eliminatoria, dos únicos adversarios quedarán frente a frente, para medir sus fuerzas y jugar su suerte. Dos vidas sólo. ¡Allá ellos, si en buena o mala hora decidieron poner sus vidas sobre el tapete!

Pero decir esto no vale ni sirve, al considerar las bravatas de las dos grandes potencias del siglo, Norteamérica y Rusia. Tras esos nombres hay millones y millones de seres, un montón inmenso de preciosas vidas,

al que hemos de sumar pueblos y vidas de los países que viven apostados en una u otra esfera de influencias, el Universo todo. Estas dos grandes potencias están desgraciadamente, para la causa de la paz, demasiado niveladas. Su miedo mutuo, muy relativo. Ya casi no lo consideran; consideran solamente el tanto que podrían ganar por sorpresa, por suerte o por cualquier imponderable. El verdadero miedo ya no lo sienten; sus cálculos de probabilidades ya está situado en otro plano. Todo un tinglado se ha venido abajo por inútil. ¡Jaque a la paz!

No, no era este el camino para lograr la tan ansiada paz. Mal camino el del miedo, para florecer amor. Paz es precisamente comprensión y amor.

Y por el hecho de ser comprensión y amor, la paz no puede no podría definirse con el vocablo opuesto a guerra si esta palabra existiese. Puede no haber guerra, y puede no haber paz, al mismo tiempo. ¿Quién lo pone en duda, si lo estamos viviendo?

De poco han servido, de poco sirven, las amenazas, los desafíos, los discursos, las propagandas, si en el fondo de los corazones, no existe un verdadero deseo de paz, sino única y exclusivamente de no guerra.

La paz es un concepto mucho más hermoso, mucho más elevado que la no-guerra.

La paz es un valor absoluto y trascendente. Ni el temor, ni el miedo ni el pánico podrán conducirnos hasta ella.

La paz tiene sus caminos. Los mismos caminos del cielo.

Si ningún hombre puede ganar su paz, por el simple temor del infierno, la Humanidad tampoco ganará la suya a través de su miedo a la guerra.

La Humanidad como el individuo ganará su paz por amor.

Pero, ¡cuán difícil, Señor, amar de verdad! Amar y perdonar, y seguir amando.

Cuán difícil lograr que el corazón rece, así, cada mañana:

Sintoniz

Apreciado amigo

Cuando apenas hayas regresado de tu ausencia de tres meses, por haberlos pasado en viaje de placer en la populosa ciudad de Nueva York, y te dispongas a encontrarte de nuevo con las cosas apreciadas, veras que una de ellas acaba de recibir la malevolencia de un reciente temporal. Tan reciente, que quizá habrás recibido, todavía, alguna de sus salpicaduras.

Ya sé que dentro de tu juicio estaba la probabilidad de lo ocurrido. Porque tu eres un hombre muy observador y muy comedido. Pero no deja de molestar que a uno le tiren «la barraca a pas-seig» aunque esta vez se trate de los últimos peldaños de una escalera marítima.

Sin embargo yo quiero señarte, apreciado amigo, que de vez en cuando son necesarios estos temporales. Y sé también que tú los deseas como el primero. Por la limpieza que ellos representan. ¿Cuántascientas de ratas no viven y merodean entre nosotros, desde la punta de Garbí hasta el «Fortim»? Y ¿quiénes no contribuyen a su manutención y propagación, sino aquellos que van vaciando cada día sus escombros, ya se trate de allá en las rocas del soñado Paseo Marítimo de San Elmo, o de las piedras del rompeolas en el muro de contención?

Pero menos mal que si nosotros no llegamos nunca a la plenitud de nuestras facultades mentales, hay un ser superior que se cuida de mitigar nuestra diferencia con alguna de estas cosas como es un temporal de vez en cuando. Nos lava la cara marítima y deja sin provisiones a las ratas. Y luego, continuará nuestra terquedad.

Apreciado amigo. A tu vuelta, tu también volverás a la tuya. Pero todos sabemos que será para rehacer la escalera marítima del embarcadero, para comodidad y deleite de turistas y nativos.

«Hermano hermano, seas blanco, seas negro, de ojos rectos o almendrados, montañés, beduino o marinero, yo no reniego de ti».

¡Cuán difícil, sin que la sombra de Caín no empañe la luz del alba!

L. D'Andraitx